

# La generación del bicentenario



Llegó el año 2010 con la anunciada celebración del Bicentenario de la Independencia. Año, pero sobre todo nombre, que sin duda será de buen recaudo para esas retóricas obcecadas en la mistificación de la historia. En un país como el nuestro, donde la historia pareciera enclaustrada en la voluntad de unos hombres y en la estirpe de unas familias, estas retóricas bien podrán emprender su cometido mistificador aludiendo a una portentosa Generación del Bicentenario. “¡Sí!”, nos dirán exultantes los retóricos, “¡como la del siglo pasado!”, pretendiendo con esto reinventar

un siglo después otra generación centenarista, como aquella que representara a esos espíritus que para 1910 apenas alcanzaban la juventud pero que luego, en los años treinta, alcanzaron especial lustre por sus visiones, sus convicciones y sus ejecutorias en distintos campos de la vida nacional. La Generación del Centenario, plena de reconocimientos tanto como de críticas, fue de cualquier manera una generación de controversia con su antes y con su entonces. Si se quiere, los centenaristas pensaron en un país que debía superar las herencias de décadas de regeneracionismo y conservadurismo.



Pero habrá que ver qué será de nuestra Generación del Bicentenario en un país donde dos siglos después de la ruptura colonial el estamentalismo tradicional no sólo no cesa de producirse y reproducirse, sino que se reafirma tozudamente ahora como nunca antes. Un estamentalismo tradicional que hace del apellido un fuero, que hace del privilegio un don, que hace del nombramiento una adquisición y que hace de la sucesión una herencia. Es este nuestro estamentalismo cerrero donde los altos cargos parecen dinásticos, donde los cargos de elección popular parecen vitalicios, donde las delegaciones parecieran titulaciones, donde los grandes negociados circulan por nombres y apellidos que nunca cambian. Es este nuestro estamentalismo tropiglobal donde todos los elegidos piden que no se tenga en cuenta su sangre porque todo es producto del mérito, sin explicar porqué los dones siempre discurren por las mismas arteriolas. Allí están los hijos de los de siempre, se les ve por todas partes, ostentando como único laurel la sangre, tanto que cualquier extranjero, sobre todo si es oriundo de algún país de arcanas dinastías, bien podría pensar que somos una extraña monarquía, bien poluta hay que decirlo si nos atenemos a las formas como el común trata cotidianamente a las progenitoras de esos políticos que el mismo común no cesa de elegir.

Mientras en Europa no faltan los que dudan de los Borbones o de los Windsor, en Colombia elegimos las casas políticas con tal obediencia que bien podemos pasar por el mejor sueño del peor de los déspotas. Cada una de estas casas, al mejor estilo del “Rey Sol”, se hizo a sí misma Estado, al que reparte en burocracias, en usufructos y en contratos. En cada región se les conoce y se les respeta, en cada provincia se les admira y

lisonjea, en cada vereda o barrio se les aclama y venera. Puede que sean casas de dos siglos, que quedan algunas; puede que sean casas de apenas medio siglo, que son cada vez menos; puede que sean casas de una o de dos décadas, que son cada vez más porque ellas también tienen su “chance”. Todas estas casas se autoproclaman defensoras de la paz, aún cuando para ello hayan pactado en el tiempo con actores armados de toda naturaleza, desde guerrillas partidistas y bandoleros, pasando por guerrillas de izquierda y mafiosos, hasta narcoparamilitares de derecha. Nuestras casas políticas, con sus actores armados, tienen sobre sí toda la rusticidad de las dinastías guerreras medievales; nuestras casas políticas, con sus tinterillos y funcionarios, tienen sobre sí todo el legalismo de las reales audiencias; nuestras casas políticas, con sus reinas, modelos y actores, tienen todo el glamur de esas cortes frívolas como las de ahora. De estas casas donde las rosas son pistolas no duden que saldrá nuestra mistificada Generación del Bicentenario. No las generaciones del bicentenario, que son muchas, sino la Generación del Bicentenario, la mistificada por las retóricas del poder.

Por esto, que nadie guarde esperanzas de que esta Generación sea un bastión de la crítica, del progresismo y lo visionario, como fue en muchos aspectos la otrora Generación del Centenario. La generación nacida de nuestras casas políticas de ahora, esa que verán en unos años quienes anden todavía por estos guayabales, será una generación de jóvenes obedientes, envejecidos prematuramente, aspirantes a ser tal cual fueron sus antecesores inmediatos, decididos a perpetuar una visión del mundo social dispuesta al acomodo. Ellos serán quienes escribirán la historia de ahora, quienes dirán a



este siglo cuando muera, al siguiente cuando nazca, lo que fue esta sociedad colombiana de comienzos de siglo. Con su nostalgia dirán entonces que hubo un pasado mejor con un coliseo de héroes monumentales, todos ellos parientes en algún grado. Ellos harán de nosotros el sueño del futuro. Porque esta Generación del Bicentenario será una gene-

ración de nostálgicos, que se encargarán de conducir de un siglo a otro, sobre el ruido de laureles y olivos, la historia que vivimos ahora. En esta historia de laureles y olvidos no quedará ninguno de nuestros padecimientos, por crudos que ellos hayan sido. Como si el destino de los que padecen en nuestros días fuese desde ahora el olvido y la excepción.

Bogotá, D.C.  
Abril de 2010

